

## EL CAMPESINO RUSO Y SOVIÉTICO DE STOLYPIN A STALIN

### SEGUNDA DE DOS PARTES

*La parte final del ensayo de Jean Meyer, que ahora publicamos, se refiere al tema tabú de la colectivización forzada, que fue "una guerra del poder soviético contra sus pueblos: los campesinos formaban casi el 80% de la población; una de las guerras más terribles y crueles que Rusia haya conocido en sus mil años de existencia. En 1943 Stalin confesó a Churchill que fue mucho más duro que la guerra*

*contra los nazis. En nombre de la idea de bien social bajaron a la fosa millones de inocentes. Trece millones fueron deportados, de los cuales murió la tercera parte. Estas cifras conciernen únicamente a las repúblicas soviéticas de Rusia y Ucrania. En Kazakstán la cuarta parte de la población murió en deportación o por la bambruca desatada por la política de reconcentración y desnomadización."*

#### LA COLECTIVIZACIÓN

SEGÚN LA HISTORIOGRAFÍA soviética la colectivización fue el recurso inevitable para resolver el problema de los granos, a su vez resultado del "sabotaje ejercido por los kulaki" (campesinos acomodados, "rancheros"), uno de los frutos amargos de la NEP. Gorbachev lo volvió a escribir en 1987.

Según la historiografía, la NEP fue algo así como una retirada táctica y momentánea, una concesión hecha a regañadientes a los campesinos. Luego de contribuir a la reconstrucción de la economía soviética y de agotar sus potencialidades, la NEP dejó al país en un callejón sin salida, por dos razones: 1) económicamente, el campesinado atomizado en 25 millones de empresas familiares era incapaz de producir más; 2) sociopolíticamente, los kulaki, hijos predilectos de la NEP, dominaban cada vez más al campesinado.

En esas condiciones, sigue rezando nuestra vulgata, el poder soviético tenía que escoger entre entregarse a los kulaki y otros nepmani (lo cual significaba restaurar el capitalismo), o adoptar la línea que de hecho tomó: prioridad absoluta a la industrialización acelerada, a la industria pesada (ligada a la industria militar según la estrategia político-militar de la "fortaleza URSS" o sea "el socialismo es un solo país"), lo cual implicaba la colectivización forzada, la "revolución desde arriba" como la llamaron los optimistas o la "versión socialista de la acumulación primitiva, el "colonialismo interno" y el "tributo mongol", como denunciaron los adversarios.

No ha impugnado esa tesis la oposición de izquierda que se limitó a decir que lo hecho en 1929-1930 debió hacerse tres

años antes y con "menos brutalidad", sin explicar cómo conseguir tal milagro.

El programa de Bujarin y de la llamada oposición de derecha (1928-1929) aconsejaba evitar toda medida represiva contra los campesinos. Ofrecía hacerles concesiones sobre la "tasa" (el precio oficial de los granos) para estimular la comercialización de una parte mayor de la cosecha. No encontraba ningún peligro kulak ni "capitalista" en esa utilización de mecanismos mercantiles y sí pensaba que se debía aumentar la oferta de bienes de consumo (y de aperos agrícolas) a los campesinos. Eso implicaba repartir de manera más equitativa el financiamiento de la industrialización entre ciudades y campo, y adoptar una industrialización diferente, tanto en su naturaleza como en su ritmo.

El programa estalinista adoptó muchos puntos de la liquidada oposición de izquierda (represión y eliminación de los kulaki; sueño de una cerealicultura mecanizada a gran escala —modelo EUA—; granjas colectivas y columnas motorizadas MTS). Implicaba que la agricultura pasaba al servicio de la industria en su forma pesada (siderúrgica y cemento) y que el campo proporcionaba todos los recursos. Implicaba el control estatal absoluto sobre campo y campesinos, una nueva servidumbre.

Cuando la crisis volvió a presentarse en el invierno de 1927-1928, los políticos hicieron a un lado el diagnóstico de los agrónomos que ligaban el nivel del saldo cerealero a la actividad del Estado: política de precios, compra de granos por el Estado, abastecimiento de productos manufacturados a los campesinos. Y formularon su propio diagnóstico, el que recogió la historiografía: esa crisis probaba que la NEP no era viable.

En mayo de 1928, Stalin habló por primera vez, en público, de la agricultura y del campesinado en tiempos de la NEP. En su discurso "En el frente del trigo" desarrolló la argumentación que justificaría la colectivización brutal y que sería recogida por la historiografía:

De hecho, si hoy es tan difícil conseguir los granos necesarios para la industrialización, eso se debe principalmente a la disminución considerable del saldo agrícola, en comparación con el período anterior a la guerra mundial (...). Las causas de tal baja se deben, como lo prueba el cuadro de Nemcinov a las transformaciones de la estructura agraria entre 1917 y 1920. La revolución sustituyó las grandes explotaciones nobles y campesinas, cuya producción mercantil era muy alta (47 y 34%), por pequeñas explotaciones campesinas que venden solamente el 11.2% de su cosecha. La única salida real a las dificultades cerealeras presentes es el paso de una agricultura minifundista campesina a las grandes explotaciones colectivas socializadas.

Cuando Stalin pronunció ese discurso, hacía seis meses ya que el poder soviético había acuñado "el método Urales - Siberia". Stalin en persona encabezó comandos armados para la requisita. Las "medidas extraordinarias" suspendieron las relaciones al estilo NEP entre la ciudad y el campo y resucitaron las odiadas prácticas del comunismo de guerra, en las regiones consideradas como exportadoras de granos; Siberia, Urales, Cáucaso del Norte, medio y bajo Volga. Se canceló el comercio privado de granos —que de hecho funcionaba como trueque indispensable. Tal cancelación y la requisita debieron, teóricamente, golpear a los kulaki, pero afectaron a la gran mayoría de los campesinos y, principalmente, a los campesinos pobres y medianos. Lógicamente, el método "Urales - Siberia" empeoró las cosas; el Estado no sólo no ganó gran cosa sino que en 1928, antes de la nueva cosecha, los campesinos de las regiones saqueadas tuvieron que comprar granos en cantidades inesperadas, en el mercado urbano. La llegada de grandes grupos de campesinos a las ciudades para comprar cereales despertó la inquietud de los ciudadanos que empezaron a hacer compras de pánico. El comercio estatal fue incapaz de suplir al privado, el caos multiplicó la escasez en las pequeñas ciudades y en las zonas rurales especializadas en cultivos industriales. Empezó al racionamiento, se alargaron las colas. El saldo cerealero no aumentó de 14% en un año como lo exigía el plan, sino que bajó otro tanto. El ritmo de la industrialización estaba en peligro.

El historiador debe aportar a sus colegas de ciencias sociales más exactas el elemento de caos y de irracionalidad que entra siempre en la toma de decisiones y en el curso de los acontecimientos. La confusión administrativa es impresionante, a tal grado que uno tiene la impresión de que nadie preparó la colectivización. Un buen día se tomó la decisión (idea acariciada desde siempre, acariciada nada más) sin prever las consecuencias ni organizar el movimiento. Tampoco se planeó un calendario. Parece que se decidió brincar ¡y ya! Después, los dirigentes atrapados en su propia política se dejaron llevar hasta las últimas catastróficas consecuencias.

Imperaba la idea, o más bien el sentimiento de que el desastre era inminente y que había que hacer algo. Parecía que el poder no era algo que alguien hubiera tomado. Era una pesadilla de la cual no se podía escapar.

Algo parecido existía en 1921 cuando Lenin paró el desastre y mandó al diablo el comunismo de guerra con todo y su poderoso aparato político - militar. En 1929 nadie paró el tornado que se venía encima.

Al pensar en la colectivización no hay que olvidar la locura de los dirigentes y la desesperación de los pueblos. Después, en las versiones oficiales, en los libros (en pro y en contra) todo parece claro y racional, para bien y para mal. Evtuchenko recordó hace poco las aberraciones de la deskulakización, teóricamente la más racional (justificada ideológicamente) de todas las medidas que acompañaron la colectivización: se dividió la URSS en zonas y a cada jefe de zona se le asignó un contingente de kulaki por eliminar. En Siberia no había kulaki, cuenta Evtuchenko: ni modo, hubo que entregar la cantidad prevista con una exactitud asombrosa. Para empezar, un millón de personas fueron deportadas a campos de concentración o a provincias lejanas. La deportación se hizo en el invierno 1929 - 1930 sin preparación material: la gente se quedó días y noches esperando en la nieve trenes (de carga) que no habían sido programados para su transporte. ¡Cuántos ancianos, cuántos niños murieron aquí! Cincuenta días de viaje en invierno, en carros para ganado, con los vivos que seguían en compañía de los muertos; luego la marcha, las mujeres cargando con sus hijos; por fin la llegada en medio del bosque, en la nieve, sin una tienda de campaña, sin la menor defensa contra los elementos, para empezar una "vida nueva", como se leía en los periódicos.

El presidente Kalinin, supuesto protector de los campesinos, escribió en *Pravda* (3 de marzo de 1930):

La deskulakización es, en el momento presente, indispensable como medida de tipo profiláctico, como vacuna anticapitalista. Por cruel que parezca es absolutamente indispensable, pues garantiza el sano crecimiento de la granja colectiva en el futuro y nos asegura contra muchos gastos y contra un despilfarro enorme de vidas humanas.

Contra un despilfarro enorme de vidas humanas... ¡Vaya humanismo! La deskulakización golpeó desde un principio a todos los campesinos por parejo y las deportaciones en masa se repitieron en 1930, 1931, 1932, etc. Las estadísticas oficiales dicen que el número de kulaki pasó de 5'618,000 en 1928 a 149,000 en enero de 1934: 5'500,000 personas fueron (cifras oficiales) económica o físicamente exterminadas. Eso acompañaba y aceleraba la colectivización forzada y general. Dice Victor Serge:

¿Lo lograrían por la persuasión? Sucede que el cultivador independiente que había resistido a la agitación - construcción era más libre y estaba mejor alimentado que el otro. El gobierno sacó la conclusión de que la colectivización debía ser total e inmediata. Pero la gente de la tierra se defendió ásperamente. ¿Cómo que-

brantar su resistencia? Por la expropiación y la deportación en masa de los ricos (los kulaki) y de todos aquellos que se decida calificar como kulaki. Es lo que llaman la "liquidación de los kulaki en cuanto clase". ¿Se sabrá alguna vez qué desorganización de la agricultura resultó de ello? Los campesinos, antes que entregar su ganado al koljoz, lo destruyeron, venden la carne y se hacen botas con el cuero. Con la destrucción del ganado el país pasa de la escasez al hambre. Tarjeta de pan en las ciudades, mercado negro, desmoronamiento del rublo y de los salarios reales. Se necesitarán pasaportes interiores para retener a su pesar la mano de obra calificada en las fábricas. Puesto que la colectivización total se encamina al desastre, se la declarará alcanzada en sesenta y ocho por ciento, demasiado tarde por lo demás, en marzo de 1930, en lo más fuerte del hambre y el terror.

Las mujeres venían a soltar las vacas tomadas por el koljoz, hacían con sus cuernos una muralla a los animales: "¡Disparen pues, bandidos!" ¿Y por qué no habrían de disparar contras esos rebeldes? En Rusia Blanca, cuando vinieron a cortar la crin de los caballos para la exportación, sin sospechar que los animales reventarían por ello, las mujeres rodearon al jefe del gobierno local, Golodied (fusilado o suicidado más tarde en 1937) y de pronto alzaron, furiosas, sus sarafanes bajo los cuales estaban desnudas: "¡Aquí tienes, puercos! ¡Toma nuestra crin si te atreves, no te daremos la de los caballos!" En una aldea de Kubán cuya población entera fue deportada, las mujeres se desnudaron en las casas, pensando que no las harían salir desnudas; las sacaron tal como estaban, a culatazos, hacia unos vagones de ganado... Cheboldáiev, del C.C., presidía las deportaciones en masa de aquella región, sin sospechar que, por su celo mismo, sería fusilado en 1937. Terror en los más pequeños pueblos. Hubo hasta trescientos focos de sublevación campesina a la vez en la Eurasia soviética.

En trenes repletos los campesinos deportados partían hacia el Norte Glacial, los bosques, las estepas, los desiertos, poblaciones despojadas de todo; los viejos reventaban en el camino, se enterraba a los recién nacidos en los taludes de las carreteras, se sembraban en todas las soledades pequeñas cruces de ramas o de leña blanca. Algunas poblaciones, arrastrando en carrioches todo su pobre haber, se lanzaban hacia las fronteras de Polonia, de Rumania, de China y pasaban —no enteras, claro— a pesar de las ametralladoras. En un largo mensaje al gobierno, de noble estilo, la población de Abjasia solicitó autorización para emigrar a Turquía. He visto y sabido tantas cosas sobre el drama de aquellos años negros que necesitaría todo un libro para dar testimonio de ellas. Recorrí varias veces la Ucrania hambrienta, la Georgia en duelo y duramente racionada, viví un tiempo en Crimea durante el hambre, viví toda la miseria y la ansiedad de las dos capitales sumidas en la indigencia, Moscú y Leningrado. ¿Cuántas víctimas produjo la colectivización total, resultado de la imprevisión, de la incapacidad y de la violencia totalitarias?

Un científico ruso, el señor Prokopóvich, hizo el siguiente cálculo según las estadísticas soviéticas oficiales —en los tiempos, por lo demás, en que se encarcelaba y se fusilaba a los estadísticos—:

Hasta 1929, el número de hogares campesinos no cesa de crecer:

1928: 24'500,000 hogares

1929: 25'800,000 hogares

1936: 20'300,000 hogares.

En seis años, 5 millones de familias han desaparecido (página 282 - 283).

Los kulaki y otros campesinos liquidados representaban la élite rural, profundamente arraigada en la economía y en la sociedad campesina. Su aniquilamiento es otro caso de irracionalidad; desde 1921 el poder soviético venía denunciando a los kulaki y al mismo tiempo empujaba a los campesinos pobres y medianos a mejorar su situación, a producir más, a volverse kulaki, finalmente. ¿No hay algo de locura en una política que pretende mejorar la suerte de los pobres para, después, castigarlos por haberse vuelto menos pobres? El genocidio practicado contra los campesinos a partir de 1929 estaba en germen en la imbecilidad ideológica profundamente arraigada entre ciertas izquierdas, según la cual los campesinos capaces (calumniados, manchados con el insulto popular kulak, que tachaba a los usureros y cantineros en tiempos del zarismo) son los enemigos de la cooperación campesina y obstáculos al progreso agrícola.

La colectivización forzada fue una guerra del poder soviético contra sus pueblos: los campesinos formaban casi el 80% de la población; una de las guerras más terribles y crueles que Rusia haya conocido en sus mil años de existencia. En 1943 Stalin confesó a Churchill que fue mucho más duro que la guerra contra los nazis. En nombre de la idea de bien social bajaron a la fosa millones de inocentes. Trece millones fueron deportados, de los cuales murió la tercera parte. Estas cifras conciernen únicamente a las repúblicas soviéticas de Rusia y Ucrania. En Kazakstán la cuarta parte de la población murió en deportación o por la hambruna desatada por la política de reconcentración y desnomadización. Proporcionalmente esa república fue la más golpeada, a tal grado que se vale hablar de genocidio como en el caso de Ucrania.

## EL GENOCIDIO UCRANIANO

En 1933, es decir a medio camino entre el genocidio armenio perpetrado por el estado turco (1915) y el genocidio judío perpetrado por los nazis, seis millones de ucranianos desaparecieron durante una hambruna organizada por las autoridades soviéticas. La imaginación es poco sensible ante cifras tan elevadas pues uno se acostumbra a la desgracia. La literatura a veces despierta las conciencias, por lo que hay que leer el admirable *El príncipe amarillo* (o sea el diablo) de Vassyl Barka. He aquí cómo lo presenta Leonid Plutch (1981), ex - prisionero político ucraniano:

Se atribuye a Stalin una observación cínica pero asombrosamente exacta, desde el punto de vista psicológico: "La muerte de un hombre es una tragedia; la desaparición de millones de hombres es una estadística".

Ese genocidio socialista - nacional prefiguró el genocidio nacional - socialista. Pero Hitler llegaba al poder cuando en Ucrania ardían ya las hogueras en las que no solamente se quemaban libros... Los nacional - socialistas no hicieron más que modernizar la técnica comunista del asesinato de los pueblos, pero no lograron adquirir el tacto comunista consistente en presentar atrocidades como si fueran manifestaciones de humanismo.

En su novela *El príncipe amarillo*, acerca de la hambruna en Ucrania, Vassily Barka ha logrado refutar la opinión ya citada del camarada Stalin, el promotor del genocidio comunista, al hacer revivir la tragedia del pueblo ucraniano.

Sin duda no es una casualidad el que el autor haya escrito una tesis acerca de la *Divina comedia* de Dante. Barka es un pensador místico, un poeta, un historiador de la literatura o como lo llaman algunos de sus admiradores de la emigración ucraniana en los Estados Unidos, "el sabio de la torre en las montañas".

Tras la descripción naturalista de 1933 —el autor la vivió e interrogó a numerosos testigos—, uno siente como si fuera una filigrana, una especie de metafísica de la destrucción de las bases mismas de la vida, de todo lo que hay de humano en la condición del hombre y en el hombre mismo. Se han lanzado millones de cadáveres para alimentar un espejismo; de ahí esas visiones apocalípticas de la Biblia que surgen de cada koljoz, de cada paisaje, de cada acontecimiento de la vida de los campesinos, de la lengua misma del autor, de su vocabulario y de su sintaxis.

La psicofisiología del hambre y el canibalismo se hacen realidad. Niños, ancianos, jóvenes... Los verdugos ni siquiera son verdugos, sino sirvientes —víctimas de la inhumanidad erigida como principio de poder. *El príncipe amarillo* no es un "libro de terror" destinado a asustar a los pequeñoburgueses. Mucho menos la burla del premio Nobel Choloiov, que disimula los sufrimientos de los campesinos tras las payasadas del viejo Choutkar; es la vida sin maquillaje del hombre en la época de la edificación de los koljoz, es la verdad del siglo XX, desnudada por una escritura de un raro talento.

Quienes conocen su obra consideran a Barka como un clásico de la literatura ucraniana contemporánea y lo comparan con escritores como Tolstoi o Dostoyevski, ya que tiene en común con ellos no sólo el talento, sino además una visión religiosa y optimista del mundo.

Antes de la aparición de esta novela en lengua francesa, Occidente se había negado a conocer la verdad acerca del holocausto ucraniano: la izquierda al igual que los burgueses liberales. En cuanto a los fascistas, hablaron de las atrocidades de los comunistas

para justificar sus propias fechorías, imputando la tragedia del pueblo ucraniano al satanismo de los judíos (este mito ligado al contra-mito del antisemitismo y del fascismo de los ucranianos, que el poder soviético continúa utilizando). En tanto que la hambruna reinaba en Ucrania, la prensa de Occidente —con pocas excepciones— se pasaba el tiempo desmintiendo las "calumnias reaccionarias" acerca de la URSS. El señor Herriot, que en esa época se dedicaba a consolidar la disminución de la tensión (el trigo robado a los campesinos era enviado hacia Occidente a cambio de tecnología), cerró tan bien sus ojos cuando visitaba las ciudades de Ucrania, que no sólo no vio a los que se estaban muriendo de hambre, sino que inclusive consideró útil respaldar las mentiras acerca de los éxitos de la economía socialista. A fin de cuentas, el holocausto se convirtió en la norma del siglo XX, incluyendo a Kampuchea, y Afganistán. Esperemos que la novela de Barka les abra los ojos a algunos comunistas y ponga en guardia a los pueblos de nuestro planeta en contra de experimentos insensatos que se hacen con los hombres.

En la versión de Vassili Grossman:

Calla, dijo Krysta repentinamente. ¿No te acuerdas cómo estabas cuando llegaste aquí de tu convoy? Pues bien, todo Ucrania estaba así en 1933. Comíamos ortigas y cuando se acabaron comíamos tierra. Tomaron los granos hasta las últimas semillitas. Mi marido murió y yo ¡cómo sufrí! Me hinché, perdí la voz, yo no podía caminar.

A Semionov le llamó la atención el pensar que la vieja Krysta había pasado por hambres igual que él. Había creído que el hambre y que la hambruna eran impotentes ante la dueña de aquella buena isba.

—¿Acaso eran ustedes kulaki?, le preguntó.

—¡Cómo que kulaki! Nadie escapaba. Era peor que durante la guerra.

—¿Y tú eres del campo o de la ciudad?— preguntó el viejo.

—Soy de Moscú —respondió Semionov— y mi padre también nació en Moscú.

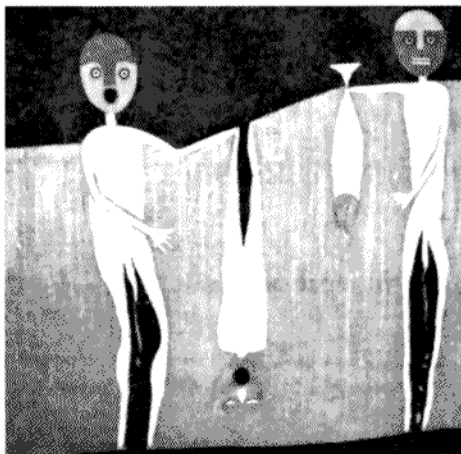
—Entonces puedo decirte que si hubieran estado aquí durante la colectivización te hubieras muerto. Un muchacho de la ciudad. Pues yo —dijo orgullosamente el viejo— si aún sigo vivo es porque conozco las plantas. ¿Piensas en las bellotas, en las hojas de tilo, en las ortigas? Se las comieron inmediatamente. Pero yo conozco 56 plantas, ni una menos, que el hombre puede comer. Por eso todavía estoy aquí. Era apenas el principio de la primavera, no había ni una sola hoja en los árboles, pero yo ya desenterraba las raíces. Yo lo sé todo, mi viejo: conozco todas las raíces, las cáscaras, las flores, las hierbas. Una vaca, una oveja o un caballo se hubieran muerto pero yo no: yo soy más herviboro que ellos.

—¿De Moscú? —repitió Krysta—. Y yo que no sabía que fueras de Moscú.

Cuando se fue el vecino, Semionov se acostó, pero la vieja Krysta seguía sentada con la cabeza entre las manos, mirando fijamente el negro cielo nocturno.

Habían tenido buena cosecha ese año. Las espigas del trigo se elevaban como un muro; le llegaban a Vassili hasta los hombros; en cuanto a ella, ahí hubiera podido ocultarse de pie.

El pueblo estaba lleno de gemidos suaves y quejumbrosos; pequeños esqueletos de niños se arrastraban por el suelo, en las isbas, quejándose. Los hombres, con los pies hinchados vagaban



Pesca milagrosa, 1984

por los corrales, incapaces del menor esfuerzo. Las mujeres buscaban algo que cocinar, todo había sido cocido, se habían comido todo: ortigas, bellotas, hojas de tila, zuecos, huesos viejos, cuernos que andaban rodando por los traspacios, pieles de borrego... Y los pícaros llegados de la ciudad iban de casa en casa, pasaban delante de los muertos y los agonizantes, abrían los sótanos, hacían agujeros en los graneros, sondeaban la tierra con varillas de hierro: buscaban y requisaban "los granos que ocultaban los kulaki".

Un sofocante día de verano, Vassili Chuniak dejó de respirar. En ese preciso momento, los tipos de la ciudad habían entrado de nuevo en su casa; y un muchacho de ojos azules, que pronunciaba la "r" a la manera rusa, al igual que Semionov, dijo mirando al muerto:

—Estos kulaki resisten hasta morir.

Krysta suspiró, se persignó y se fue a dormir.<sup>2</sup>

Así murieron de hambre, de 1932 a 1933, 6 millones de hombres en Ucrania y un millón en las provincias del Kuban, del Don y del Volga. La mitad eran niños.

## LA CONSPIRACIÓN DEL SILENCIO

¿Y este viejo bolchevique, Mostovskoy! ni una sola vez había defendido a individuos cuya honestidad revolucionaria pusiera en duda. Había callado. ¿Por qué?

¿Y el que frecuentaba los cursos de periodismo donde antaño daba clases Koloskov, un buen hombre íntegro? Al llegar de su tierra, le había contado a Krymov un montón de cosas acerca de la colectivización, de los canallas que agregaban en la lista de los kulaki a gente a cuyas casas o jardines les habían echado el ojo, o, para acabar pronto, a sus enemigos personales. Le habló de la hambruna que reinaba en los pueblos y de la crueldad despiadada con que requisaban hasta el último grano de trigo... Mencionó a un viejo aldeano fantástico que había sacrificado su vida para salvar a su mujer y a su nieta; derramó lágrimas, lloró. Pero poco después Krymov leyó en el periódico mural un relato de Koloskov acerca de los kulaki que enterraban su trigo y cuyo fétido aliento no exhalaba más que odio a todo lo que fuese nuevo.

¿Por qué había escrito aquello ese Koloskov que lloraba por que sufría tanto? ¿Por qué Mostovskoy había callado? ¿Por simple cobardía? ¿Y cuántas veces había dicho Krymov ciertas cosas en tanto que su corazón le aconsejaba lo contrario? Pero cuando las decía o las escribía le parecía que era precisamente lo que pensaba, estaba convencido de expresar sus ideas. Además, a veces se decía a sí mismo: "Ni modo, la revolución así lo quiere".<sup>3</sup>

Durante la colectivización total, Sagaydak explicaba antes de la publicación del artículo de Stalin "El vértigo del éxito" que la hambruna era causada por los kulaki que enterraban el trigo, que no querían comer, que se hinchaban por el hambre y se dejaban morir por pueblos enteros incluyendo niños y ancianos, con el único objetivo de perjudicar al Estado soviético.

Y en el mismo periódico publicaba reportajes acerca de los jardines de niños de los koljoz donde los alumnos se alimentaban con caldo de pollo, croquetas de arroz y costillas de ternera. En esa época los niños se hinchaban de hambre.<sup>4</sup>

Así hemos podido olvidar o negar cifras irrefutables: entre 1930 y 1937, 11 millones de personas, por lo menos, mu-

nieron en el campo por causa del gobierno soviético, 3'500,000 fueron deportados a los campos de concentración en ese mismo período, y murieron ahí posteriormente. Durante la primera guerra mundial el ejército ruso había perdido cuatro millones de hombres... Así, por ejemplo en Pizarivka, un pequeño pueblo ucraniano de 800 habitantes, habían muerto siete hombres en la guerra entre 1914 y 1917 en tanto que la hambruna de 1933 mató a 150 personas (75 niños)...

## CONCLUSIONES

En retrospectiva, el período que corre de 1906 a 1916 y se renueva en los años 1921-1927 aparece como la promoción del campesino ruso. En 1917 realizó su sueño milenarista al recuperar el control de toda la tierra, después de haber recibido su libertad formal en 1861. Una vez disipada la pesadilla del comunismo de guerra, la NEP cobró en la memoria popular, como los últimos años del zarismo, el brillo legendario de una edad de oro. La NEP no murió de vejez, no se agotó en su éxito, sino que fue abandonada antes de haber sido aplicada en su mismísima definición leninista.

La colectivización mató a la gallina de los huevos de oro, la famosa y tan cacareada "crisis de cosecha cerealera", de la cual se echó la culpa a la NEP, no volvió a presentarse porque entre 1928 y 1953 se masacró, aterrorizó y extorsionó al campesinado. De hecho este campesinado, tan propio de Rusia y de la URSS incipiente, dejó de existir y fue reducido a la condición de lumpen-proletariado, una condición de obediencia servil bajo un mando arrogante y feroz, peor que la servidumbre anterior.

A 60 años de distancia, ¿cuál es la lógica de tal hazaña? La posibilidad del saqueo —colectivamente por el Estado, muchas veces individualmente por sus servidores— es, creo yo, la única explicación verosímil. La colectivización restaura la estructura latifundista y servil con un agravante mayor: no hay 100,000 señores, hacendados, barines, sino uno solo y todopoderoso, el Estado totalitario; por lo menos los señores dejaban algún margen de autonomía al mujik. Poco le importa al Estado que el koljoz sea menos productivo que la parcela privada: puede llevarse lo que quiere de su cosecha. El asunto no es producir, sino controlar. Los resultados económicos a corto y largo plazo no son muy buenos, pero las ventajas en cuanto a control económico y político son mayores, y eso es lo que cuenta, "en última instancia", para las élites dirigentes.

Cuando se alcanza el poder absoluto, el que corrompe absolutamente, desaparece el principio de realidad y eso contribuyó no poco a los aspectos delirantes de la colectivización. Además, sí, es marxista la idea de que la producción campesina no es más que un minicapitalismo. Chayanov luchó contra esa idea y por eso murió en un campo de concentración. Como escribe George Yaney:

Si es necesario destruir la sociedad campesina para que el campo entregue pan gratuito a las odiadas ciudades, la manera menos

difícil de lograrlo es acabar con los dirigentes pueblerinos o sea los kulaki (...) Si un gobierno débil quiere realizar una reforma radical de la sociedad campesina bajo la presión de la guerra y sus secuelas, la primera tarea del reformador es matar o exiliar a los mejores hombres en los pueblos, discurriendo al mismo tiempo, sin sentido, sobre utopías sociales. Resulta muy razonable. Los enormes éxitos de la reforma agraria en China, Corea del Norte o Vietnam [y Etiopía, añadido yo], todas según el ejemplo de Stalin, deberían ser suficientes para convencernos de la bondad fundamental de esa regla.<sup>6</sup>

Luis González dijo alguna vez, hablando de México, "Al campesino le va mal de cajón." Al campesino ruso le fue mal y al campesino soviético le fue peor. El campesino que vio en la revolución de 1917 una esperanza de liberación, cargó después con todo el peso de un sistema totalitario inaudito.

Un personaje de *Vida y destino* dice en 1942:

Pude ver en acción la fuerza implacable de la idea de bien social que nació en nuestro país. La vi durante la colectivización total; la vi una vez más en 1937. Vi que se exterminaba a la gente en nombre de una idea del bien, tan bella y humana como la del cristianismo. Vi poblados enteros morir de hambre, vi en Siberia a hijos de campesinos deportados morir en la nieve, vi convoyes que llevaban a Siberia cientos y miles de gente de Moscú, de Leningrado, de todas las ciudades de Rusia, gente de la que se había dicho que eran los enemigos de la grande y luminosa idea

del bien social. Esa idea grande y bella mataba sin piedad a unos, destrozaba la vida de los demás, separaba a las mujeres de sus maridos, arrancaba a los padres de sus hijos.

Ahora, el horror del fascismo alemán está flotando sobre el mundo. Los gritos y los llantos de los moribundos llenan el aire. El cielo está ennegrecido, el humo de los hornos crematorios ha extinguido el sol.

Pero esos crímenes inauditos, nunca antes vistos en todo el universo, jamás vistos por el hombre sobre la tierra, se cometen en nombre del bien.<sup>7</sup>

Por lo mismo la perestroika tarda tanto en revisar la estructura de la historia. La colectivización sigue siendo un tema tabú y la rehabilitación de sus víctimas tardará más que la de Bujarin, aún más que la de Trotski.

8 de febrero de 1988,  
en el 46 aniversario de la batalla de Estalingrado

NOTAS

<sup>1</sup> Vassili Grossman *Vida y destino*, ed. francesa, pp. 529-530.

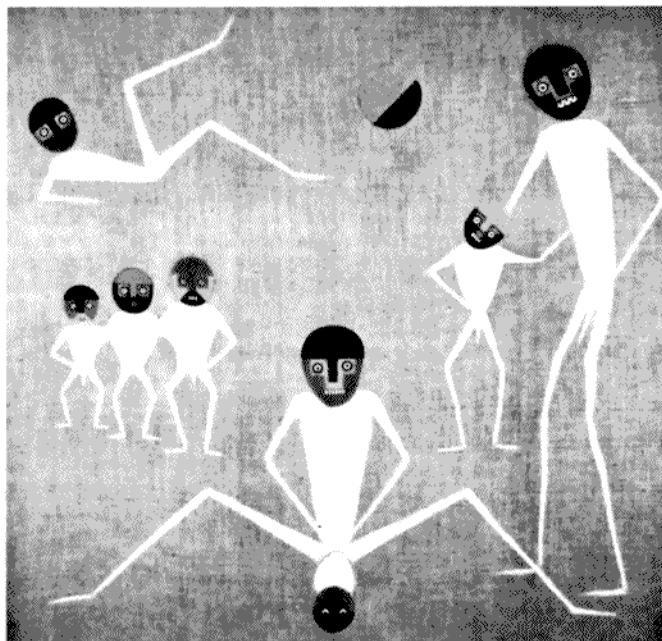
<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 407.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 105.

<sup>4</sup> Robert Conquest, *The harvest of sorrow*, Oxford, Nueva York, 1986.

<sup>5</sup> George Yaney, The collectivization of Soviet agriculture, *Peasant Studies* IX: 2, 1982.

<sup>6</sup> Vassili Grossman, op. cit., p. 382 de la ed. francesa.



Ceremonia ancestral I, 1986